



NÚM. 10.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

16 DE MARZO DE 1868.

PROVINCIAL.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO; tres meses 30 rs.; seis meses 3 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

UN PASEO POR EL RIFF.

(Continuacion.)

III.

Melilla, según los geógrafos, tiene su etimología de la palabra *miel*, porque es fama se criaba mucha en su fecundo suelo. Sin embargo, no recuerdo, en el tiempo que permanecí en ella, haber visto siquiera una abeja. ¿Será que la rudeza de los rifeños ha alejado de su seno á esas infatigables industriales, ó que el humo de la pólvora es antipático á esas amazonas aladas, eternas enemigas de las flores, que, lo mismo hieren con su dardo, que brindan con su dorado licor? Cuestion es esta que no nos compete.

Melilla, cuya vista daremos en el número próximo, es para nosotros el nido de la tempestad. El Nordeste es siempre el mortal enemigo de la plaza por la parte del mar; los rifeños lo son siempre por la parte de tierra; así es que el mayor tiempo del año se vive entre los rugidos de las olas y el estrépito de la fusilería y del cañón. Puede decirse que Melilla es una excelente y admirable fortificación, con tres líneas de defensa. Entre la segunda y la tercera hay



Rossina Penco.

una huerta, protegida por los fuegos de los fuertes de San Miguel y Santa Bárbara. Dentro de la primera línea existe la población, que no deja de tener buenas casas y regulares calles. Pasar del recinto interior al exterior, es pasar de la paz á la guerra. Todas las aspilleras de los guarda-cabezas están cubiertas con una tapa de madera, pues es tan certero el ojo del moro, que introduce la bala por el punto donde llega á descubrir algún bulto ó alguna sombra. De noche particularmente, y con especialidad las noches oscuras, el fuego es nutrido y espeso. De cuando en cuando la ronca voz de un cañonazo interrumpe la calma y el silencio.

Las fortificaciones de Melilla, por la parte de mar, son altas y elevadas: por la parte de tierra están edificadas bajo el sistema de Vauban. Victoria grande es un excelente castillo; pero lo que más llama la atención de todas aquellas construcciones de defensa, son las minas. Hay en ellas una combinación de fuegos cruzados, de trampas y de contraminas, que hacen imposible, por esta parte, la conquista de la plaza. Hemos oído decir que un

sargento fué quien las ideó y dirigió, de cuyas resultas el rey D. Felipe V lo elevó á un alto puesto en el ejército; aún queremos hacer memoria de haber visto una inscripcion sobre este particular.

Es muy comun estar expuesto bajo el certero fuego de los moros. Desde sus ataques, que no son otra cosa sino unos malos parapetos de tierra y piedra, nos hacen, como todo el mundo sabe, una guerra implacable. Cinco kabilas son las que han echado sobre sí el eterno peso del asedio de Melilla. Estas kabilas llevan los nombres de *Mazuza*, *Benisidel*, *Benificar*, *Benigullafar* y *Benifuró*.

Vamos á explicar, segun nuestras observaciones, el carácter de estas tribus.

Los Mazuzas son fieros guerreros, y parecen pertenecer á una raza degenerada de gigantes. Son hombres muy parecidos á los hombres de Bayeu. Tienen los piés anchos; las manos anchas; llevan á la cabeza una cuerda de pelo de cabra, y hacen alarde de un valor á toda prueba. Los Benisideles se precian de caballeros; son, no cabe duda, parte de los restos de aquellos moros galantes, lanzados al Africa despues de la conquista de Granada; aún conservan el puro recuerdo de aquella epopeya, y hablan de ella con la esperanza de volver á ser dueños de aquel edem que perdieron. Así es que hay mayor esmero en sus trages; sus jaiques son blancos y más finos; los caballos que montan son bravos é impetuosos.

Los de Benificar son, si se quiere, los más guerreros; son los que sueñan con el degüello; los que, por lo regular, asaltan las guardias avanzadas; los que luchan con más teson contra la plaza; los que engañan con falsas promesas; los que se fingen amigos para clavar la gumía; los que saltan el foso y las tápias de la huerta para destrozarla, á despecho de los fuegos cruzados de Santa Bárbara y San Miguel: en suma, el moro de esta tribu, es el verdadero moro falso, engañador, perjuro y fanático. La tribu Benigullafar se distingue por su carácter mercantil. A la par que introducen en la plaza lo que ellos en su expresivo lenguaje llaman *hueso*, esto es, carneros, vacas y gallinas, que á veces traen nadando por el mar, guerrear por la parte de afuera. Despues del mercado, es muy comun verlos salir por el *Mantelete*, y á los pocos pasos, tomar la espingarda y hacer fuego contra la plaza, donde han estado vendiendo sus géneros. Los de Benifuró son más inquietos; son, por decirlo así, los merodeadores del campo. Hacen más uso de las piedras que de la pólvora, las que manejan con una fuerza extraordinaria. Sirven las noches oscuras para ocasion de estos ataques formales; entónces es una verdadera granizada la que cae sobre la línea exterior; no cesan de llover piedras, las cuales retumban en los guarda-cabezas como un largo redoble de tambores.

IV.

En estas luchas, como en todas las demás, la sagacidad española ha rivalizado con la sagacidad rifeña. Melilla ha querido en todo tiempo de volver bala por bala, cañonazo por cañonazo y piedra por piedra. Para lograr esto último, hay unos grandes morteros, los cuales se llenan de redondos pedazos de granito, que se extraen expofeso de las Chafarinas. Principia la pedrea, y al punto se disparan los morteros con esta clase de proyectiles, los que esperecidos al aire, producen en el campo enemigo serias y misteriosas catástrofes. Por esto, sin duda, se observa que las afeitadas cabezas de los moros están llenas de gruesas cicatrices. Cuando el mortero destructor dilata por el viento su prolongado zumbido, el moro, que aún en las cosas más serias hace alarde de una burla bárbara y extraña, lanza un grito y exclama:

—Zumba, campana de plata.

En algunos dias de tregua y parlamento, cuando la bandera blanca ondea en uno y en otro campo, suelen los moros mostrarse demasiado amables, ejercitando ante nosotros habilidades que no dejan

de llamar la atencion, sobre todo lo que ellos llaman *correr la pólvora*. Es un ejercicio de equitacion, de fuerza y de agilidad, adornado siempre con el carácter guerrero que les distingue.

Figuran un combate entre ellos mismos; los caballos, obedientes á la voz, más bien que á la brida, corren, saltan, giran y luchan entre sí. Los ginetes, mientras tanto, jugueteando con la espingarda, la tiran por alto, la recogen á la carrera, la pasan por debajo del vientre de sus cabalgaduras, la cargan, la disparan, y sin saber cómo, siguen siempre corriendo, siempre haciendo fuego, siempre dando mil vueltas sobre un terreno muy corto, y procurando lucir sus trages de fantasía, como ellos denominan á sus más lujosas vestimentas.

Excepto estas ligeras treguas, establecidas por el cansancio y la monotonía de un tiroteo sempiterno, todo lo demás es rudo, feroz y salvaje. El rifeño se burla de nuestros proyectiles, excepto de las balas de trampa (bombas y granadas), agita su trage en señal de desafio, nos llama perros y lanza improperios sobre nuestras *Mariquitas de plaza*. Estos combates suelen por la noche tener una fisonomía especial. Es muy comun que el moro se acerque, escondido por medio de los cañaverales, hasta colocarse debajo de los fuegos de la línea exterior. Una vez en este sitio, suele entablar con los centinelas algun diálogo, sólo con el fin de saber el punto donde se encuentra su interlocutor, para dispararle traidoramente un tiro. Estos diálogos, que ellos llaman *hacer palabra buena*, son animadísimos, chistosos, y acaban por los más violentos apóstrofes.

Dos recursos tiene el centinela para evitar la alévosa agresion del moro, los cuales no dejan de tener originalidad. Cuando la noche es muy oscura y se teme algun ataque por parte del enemigo, se enciende una especie de jaula de hierro, llena de teas de pino, que hay en todos los fuertes de la línea del exterior, y que se llama caldereta, consiguiendo por este medio iluminar las inmediaciones y explorar los movimientos del enemigo. El segundo recurso es una campana que hay colocada sobre una garita, para que, dando un rápido toque, sustituya á la voz de alerta del soldado y evite el que el moro dispare al punto donde suena la voz. En las ocasiones solemnes se echa mano de la granada de iluminacion.

Así transcurren para Melilla los dias, los meses y los años. Cuantas más protestas de paz hagan los rifeños, más fieros se mostrarán despues. Verdad es que sus costumbres ásperas, su constitucion selvática, su índole independiente, les arrastran á esa existencia errante y miserable, que forma, por decirlo así, la base de todos los pueblos que existen más acá del pequeño Atlas. Ellos mismos, en cualquier querella, no encuentran más razon que la fuerza. Pagan el tributo al rey cuando éste incendia sus aduare, quema sus mieses ó castiga á sus jefes. Sus santones son profetas, sacerdotes y médicos. La medicina entre ellos está reducida á la aplicacion de algunas yerbas, y sobre todo á la cauterizacion por medio de un hierro hecho áscua. Conservan recuerdos y tradiciones de su antiguo poder y de su antigua sabiduría; pero se burlan de nosotros y de nuestra civilizacion. En sus conversaciones particulares llegan á compadecernos, pues nos consideran como esclavos.

Los hijos del Maugreb conservan el sello puro de su raza. Son altos, bien formados, y hay en sus semblantes cierta belleza que encanta. Sus ojos son de fuego, y sus dientes de marfil. Por lo regular, siempre se rien desdeñosamente. Son avaros, y todo lo sacrifican al dinero.

Les hemos oido hablar con mujeres bellas y españolas, y se han convertido en poetas. Un novelista no hubiera tenido inconveniente en escribir uno de estos diálogos sembrados de elegantes metáforas y frases escogidas. La inflexion que saben dar á su acento es tierna y suave.

Es indecible la dulce melancolía que se despierta

en el alma en una noche de luna, cuando esta se refleja en el mar y proyecta vagas sombras en el campo árabe, al oir el canto melancólico del rifeño perderse en las soledades de la playa, entre los murmullos de las dormidas olas. Lo que canta es una playera, una caña, una rondeña, un fandango, no sujeto á reglas, sino á los caprichos de la fantasía; pero, á pesar de todo, es tan rico aquel tesoro de música, es tan africana aquella copla, es tan apasionada aquella melodía, es tan salvaje aquella entonacion, que nosotros, á fuer de observadores, sentimos latir nuestro corazon conmovido. Y, en efecto, no es posible expresar el recuerdo de aquellos cantos. Imaginemos al hombre del desierto, ennegrecido por el sol y por la pólvora, que se sienta en frente del Mediterráneo y que quiere enviar un suspiro á la mujer que adora; comprended que la naturaleza le hace poeta y músico, que la noche eleva sus sentimientos y le oíreis cantar lo que naturalmente nace de su alma, la queja, el dolor, el abandono, la ira, la venganza y la religion. Confundid en un solo pensamiento todas estas sensaciones, y sacareis en claro una música extraña y encantadora, viva y palpitante, que flota sobre el viento y se pierde en las sombras del bosque como una lluvia de armonía.

(Se continuará.)

T. Tarrago.

LOS PRIMEROS AMORES.

Quiconque aime jamais, garde sa cicatrice:
Chacun l'a dans son cœur, toujours prête à s'ouvrir
Chacun la garde en soi, cher et secret supplice,
Et mieux il est frappé, moins il en veut guérir.
(A. DE MUSSET.)

La sensibilidad afectiva, ó sea el sentimiento, es la cualidad que más ennoblece el corazon humano.

Entre las diversas clases de sentimiento, brilla con extraordinaria vehemencia el sentimiento del amor.

El amor es indefinible; sólo podemos decir que nace con la criatura y que baja con ella al sepulcro, despues de haberla acompañado durante su vida.

Y si fuera posible dar alguna definicion acerca del amor, diríamos que es la amargura del placer y el placer de la amargura; y en su conjunto, un encanto infinito que llena cumplidamente el vacío de nuestro pecho.

El amor es una necesidad moral; la vida sin amor se parece á una planta que ni la lluvia fecunda ni el sol vivifica.

Esa planta es afortunadamente exótica en la tierra; á no ser así, faltaria á los mortales el paño que seca sus lágrimas, el bálsamo que mitiga sus dolores.

Hay tres clases de amor: el de Dios, el de la familia y el de los amigos.

A la última clase pertenece esa simpatía que une en un principio el hombre á la mujer, y cuya consecuencia directa es el indisoluble lazo del matrimonio.

Esta simpatía, libre de todo vínculo social, no reconoce más causa que la impresion, ni ambiciona más gloria que la de ser correspondida.

Ninguna via encuentra escabrosa, ningun sacrificio la atemoriza, ningun obstáculo le parece insuperable; el poder, la generosidad y el heroismo son los caracteres distintivos del amor.

Pasion ardiente como el cráter de un volcan, arroja de continuo lava de sentimiento, y se revela en una mirada, en una sonrisa, en un suspiro.

El jóven que empieza á pisar los umbrales de la sociedad, fija sus ojos de fuego en los inocentes ojos de una mujer, há poco niña, que los baja con rubor; pero al cruzarse, un rayo de luz ha brotado, y ambos corazones palpitan con extraño afán.

Sepáranse, y en la memoria de entrambos vive el encuentro de aquella mirada, y latén más y más sus corazones, y la ilusion embriaga sus almas. ¡Se aman ya!

Vuelven á verse, dícense su amor, sus lábios ó sus espíritus comunican tiernamente, y desde aquel momento huye la calma que envolvía sus primeros años.

El amor trae consigo inquietudes y zozobras, aunque el diablo de los celos no atormenta á los enamorados.

El corazón vela noche y día, la imaginación no descansa, los párpados se humedecen, y hasta los lábios trémulos quieren confiar su cariño al céfiro que los acaricia ó á los astros que les sonríen desde el cielo.

¡Bendito mil veces el llanto que se vierte en esos momentos de soledad y de entusiasmo! Es un purísimo manantial que brota de nuestra alma para aliviar nuestro pecho y regenerar todo nuestro ser.

Ese llanto encierra en sí tesoros de felicidad, y se vé más que compensado en un signo de correspondencia en la persona que amamos.

El primer amor es sin duda ninguna el más vehementemente de todos los amores, porque también es el ménos interesado: por eso su recuerdo se escribe con letras de sangre en lo más recóndito de nuestro corazón.

La llama del afecto se enciende con más fuerza y arde con doble vigor, si la lluvia de los desengaños no la ha apagado jamás.

La mujer que por primera vez la siente inflamar su pecho, aunque se vea luego indignamente burlada por el hombre que idolatra, aunque prometa su fé á otro, aunque la agoste el soplo pútrido del desprecio, nunca puede olvidarle, porque para ello fuera necesario matar su sensibilidad.

Esa mujer será casta esposa, será madre tierna, será dechado de virtudes; pero nunca podrá arrancar de su imaginación un dulce y melancólico pensamiento de sus primeros amores.

En la fortuna como en la desgracia, en la opulencia como en la miseria, en todos los países y en todas las épocas, evocará sus recuerdos para gozar en su meditación.

Goethe lo afirma: «Un siglo de lágrimas y de penas no puede borrar la felicidad de la primera mirada, de ese temblor, de esas palabras balbucientes de los primeros encuentros.»

Cuando un fatal acontecimiento lleva la desunión á dos corazones enlazados por el amor, ambos necesitan, en sentir de Souvestre, destrozarse el alma para hallar el reposo.

Y si esos corazones se sienten por primera vez abrasados, el amor, según Shakespeare, los llevará á la locura y los marchitará en su flor.

En vano lucharán por arrancar una pasión, cuya memoria dulcifica tanto los pesares que causa; el orgullo les impone desden, el sentimiento les inspira cariño, la sociedad les exige indiferencia.

Y la indiferencia es lepra que corroe nuestra alma y sella de muerte nuestra vida.

La altivez manda que se ahogue todo resto de afectuosa simpatía, pero la ternura pide que no se borren las primeras y más dulces emociones; y en esta pugna de sentimientos contrarios, el corazón no quiere desobedecer á la altivez, ni desoir la ternura.

Y proponerse evitar un acto, y, sin embargo, conservar y fomentar en nuestro pecho una inclinación que nos impele á él, equivale, en concepto de Balmes, á dejar la fuerza en la máquina y no querer que se mueva.

El primer amor vive siempre en nosotros, como vive el fuego oculto en la ceniza: mientras exhalamos un suspiro vital, existe su huella en el alma, cual germen de consuelo y de doradas ilusiones.

¡Ah, vivid con las ilusiones que no haya podido helar el invierno de los desengaños! La ilusión es la rosa de nuestra vida; no la cojais, porque entonces sólo quedarán espinas entre el follaje.

Una mortal melancolía, un tedio profundo se apodera del corazón en los días que siguen al rompi-

miento del primer amor: el viento que silba, el sol que alumbra, la fuente que mana, el ave que vuela, los objetos que á la vista se presentan, todo parece recordar los apasionados juramentos de amor eterno y el día infausto en que fueron quebrantados.

Digna es en verdad de ser sentida la desunión de dos almas que se aman con ternura; pero cuando estas almas son vírgenes de otro amor, cuando nunca más han sentido abrazarse de cariño, entonces la desunión es horrible.

Viudas ambas del objeto de sus aspiraciones, se sienten inmoladas en el ara de un martirio perpétuo; sus lágrimas espirituales suben á la gloria, como el humo de la hoguera sagrada en los sacrificios de la antigüedad; sacerdotisas consagradas al pasado, tiemblan en el presente y se horrorizan ante el porvenir.

En cambio, los amantes que, habiendo jurado fé por vez primera, ven sancionar su juramento con la bendición nupcial, tienen una garantía segura de que ni por un momento se desvanecerá la atmósfera de entusiasta afecto que los envuelve mutuamente, y que constituye la dicha del hogar y de la familia.

El amor es la flor más olorosa del jardín de la vida; los primeros amores el aroma de esa misma flor, el incienso más puro y suave que la tierra pueda ofrecer al cielo.

Enrique de Villarroya.

EL PALACIO DE VILLENA.

I.

Existen al extremo meridional de Toledo, en la plazuela llamada hoy del Tránsito, las ruinas de un palacio, grande y magnífico edificio, del gusto mudéjar, y de cuya soberbia fábrica sólo quedan ahumadas bóvedas y rotos arcos de finísimo ladrillo.

El tiempo, con su mano despiadada y terrible, ha hecho crecer las ortigas y los abrojos sobre aquella antigua vivienda, cegando, en parte, los valientes y atrevidos arcos de su entrada.

Este palacio, levantado por Samuel Leví, tesorero del rey D. Pedro, cuenta la tradición que perteneció después á D. Enrique de Aragón, señor de Villena.

El vulgo, asaz supersticioso y asustadizo, empezó á huir de sus inmediaciones, pues se creía muy de seguro que en los subterráneos del palacio, el bueno del marqués, el nigromante y el hechicero, según se le llamaba, tenía frecuentes conciliábulos con brujos, tragos y duendes, ejerciendo allí sus artes mágicas.

Estas hablillas, aumentadas y cundidas por comadres chismosas y vocingleras, que aseguraban haber escuchado gritos de agonía y ruido de cadenas, y visto en las noches de tormenta salir por los agimeces del palacio extrañas visiones y terribles fantasmas rodeadas de sulfurosos resplandores; unidas á que el fundador del palacio fué un hebreo, y á que se encuentra enclavado en el centro casi de la judería, convirtieron la morada del sábio marqués en un edificio infernal, ahuyentando de sus inmediaciones á los plebeyos, y haciendo aligerar el paso á los hidalgos, los cuales, á pesar de su valor y de su rabieta tizona, se santiguaban al cruzar junto aquella diabólica vivienda.

A la muerte de D. Enrique, el palacio quedó abandonado, y el vulgo creyó que en lo más profundo de sus antros se hallaba el cuerpo del marqués, dentro de una redoma, bajo la custodia de una falange de brujos, hasta que llegase el momento en que por virtud del poder de sus diabólicas artes tornase rejuvenecido á la vida.

Esta es la tradición popular: veamos ahora la verdad histórica.

II.

Por más que lo hemos procurado, ningún dato tenemos que pruebe que la casa del tesorero de D. Pedro perteneciera á los marqueses de Villena, hasta

que D. Enrique IV cedió aquel suntuoso edificio, con los títulos de duque de Escalona y marqués de Villena, á su privado D. Juan Pacheco.

La causa que motivó la ruina de aquel palacio es indudablemente una de las páginas más gloriosas de la historia de la ilustre familia de los Pachecos, y una de esas acciones que enaltecen el carácter y la hidalguía española.

El año 1525, mientras Francisco I, rey de Francia, preso en la torre de los Lujanes, se desesperaba al verse tratado con tan poca deferencia por su vencedor Carlos V, este monarca se disponía á recibir en Toledo, con los honores propios de un príncipe, al duque de Borbon, orgulloso noble, que, desavenido con su rey, se había pasado al ejército español.

Los nobles de Castilla le miraban con cierta prevención, con marcada indiferencia, pues á sus corazones leales y generosos disgustaba sobremanera el proceder de aquel hombre, que, por saciar una venganza personal, osaba blandir el acero contra su patria.

Estos sentimientos, reprimidos por respeto al emperador, no pudieron estar ocultos mucho tiempo.

Era la víspera del día en que el duque de Borbon iba á llegar á Toledo.

Carlos V, acompañado del marqués de Villena, D. Diego Lopez Pacheco, hallábase en una de las caladas galerías de su régio alcázar.

La tarde declinaba, y el sol se hundía en el ocaso, alumbrando con sus últimos rayos el vistoso panorama que desde aquel punto se descubre.

En primer término, mirase la ciudad con su apiñado caserío, elevando al cielo las afiladas agujas de sus templos góticos; al fondo, el Tajo, serpenteando por las floridas riberas de los parques de Galiana, semejante á una ancha cinta de plata que, pasando el extenso ojo del árabe puente de Alcántara, se pierde después de besar la parda roca que sustenta al castillo de San Servando, en un estrecho cauce de rocas de granito; y completando la composición multitud de desiguales colinas, cubiertas unas de olivos corpulentos ó de verdes albaricoqueros, y peladas y rojizas las otras, que corren escalonadas á perderse en el horizonte en una cadena interminable.

Distintos pensamientos agitaban el alma de los dos personajes mencionados.

Ocupábase el emperador en buscar entre los palacios de sus nobles cortesanos el más á propósito y más digno del alto aprecio que el de Borbon le merecía, y extasiábase el de Villena en la contemplación del cuadro que presentaba la naturaleza al espiar de aquella hermosa tarde.

El emperador, después de comparar unos palacios con otros, decidióse al fin por el del marqués, y volviéndose hacia él, le dijo:

—Ya sabes, que mañana tendremos el gusto de ver á nuestro lado al noble duque de Borbon.

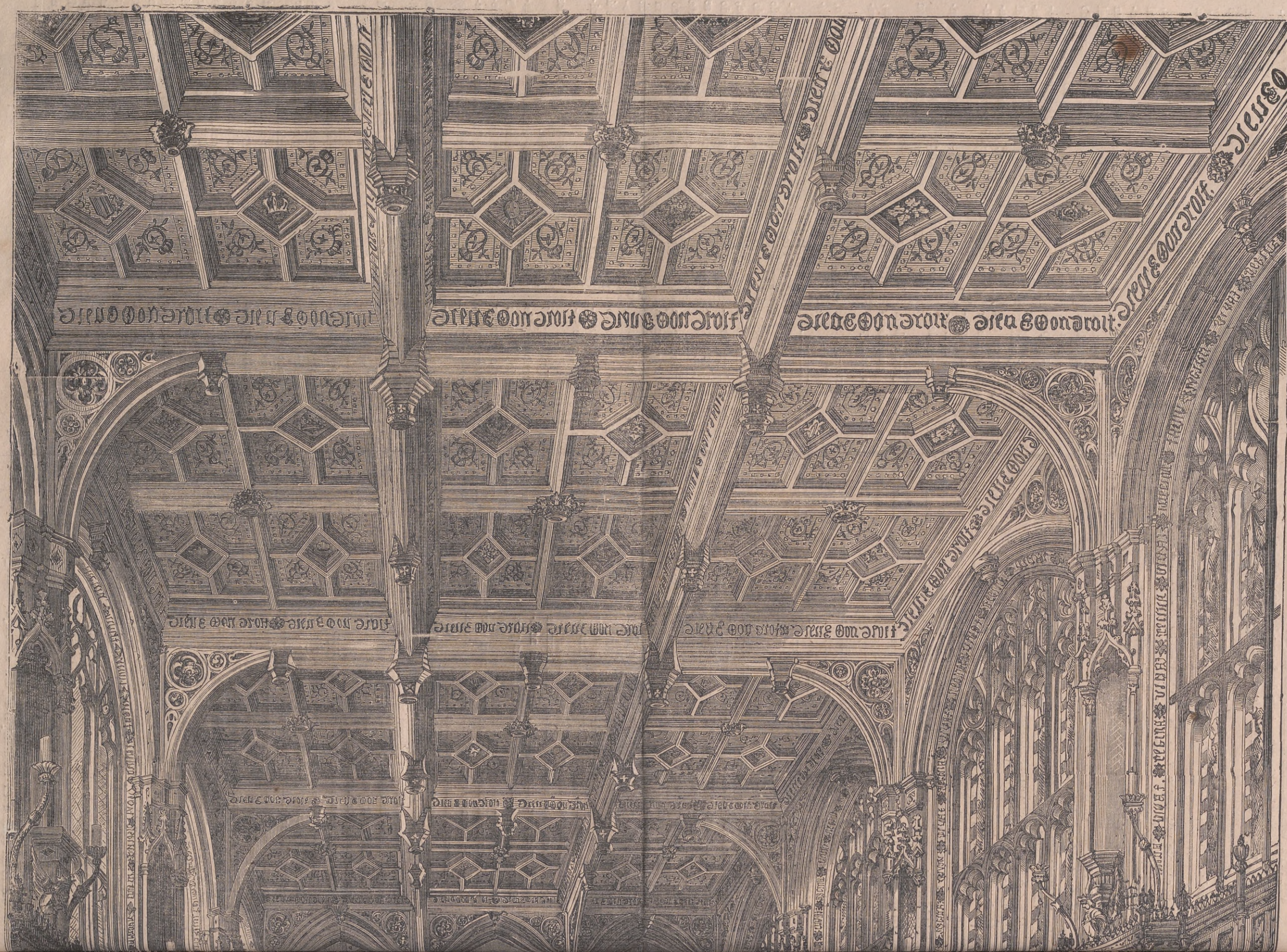
—Ya lo sé, señor.

—Pues bien, Pacheco: ya que tan distinguido caballero nos visita, justo es prepararle un alojamiento digno de su alcurnia; por lo tanto, espero, marqués, que te sirvas recibirle en tu casa.

—Ya sabeis, señor, que cuanto tengo y valgo está á la disposición de mi rey; pero tened en cuenta que si se hospeda el de Borbon en mi palacio, yo sabré reducirle á cenizas en el momento que le abandone, porque no creo que la casa que ocupe un hombre traidor á su patria, pueda ser en adelante digna vivienda de un noble castellano.

La palabra del marqués fué exactamente cumplida.

La familia de Pacheco desocupó el palacio, y el duque de Borbon se hospedó en él; pero al siguiente día de abandonarle, los criados del de Villena le pusieron fuego de su orden, no permitiendo que nadie extinguiera el incendio, que redujo en breve á un montón de humeantes ruinas aquella magnífica morada.



LA CHAMBRE DES LORDS

A. LONDRES.

La Cámara de los Lóres.

Así acabó aquella suntuosa fábrica, hecha por alarifes mudéjares, con sus techos riquísimamente labrados, sus muros llenos de preciosas tablas de atauja, de delicadas cenefas de almocárabe, de frisos de aliceres (azulejos), encerrando en su recinto todo el gusto con que aquellos artistas sabían decorar sus creaciones, de las cuales se conservan aún en Toledo, por fortuna, magníficas muestras en la casa de Mesa, en el taller del Moro, y en otros muchos edificios que fuera prolijo enumerar.

Julian Castellanos.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

J.

Jamelgo. Un potro ruin—que se alquila y que se vende;—potro que es tan andarín,—que el que en él un viaje emprende,—no vé de su viaje el fin.

Jarabe. Una mezcla igual—de agua y azúcar al cabo;—medicina elemental,—que cuesta sólo un ochavo—y se vende en un real.

Jesuita.—De un jesuita—dijo en latín un autor—que calumniaba al Señor,—porque no era *Iesu ita*.

Jicara. Un frasco, en que suele—tomarse con gran frescura,—con el achaque de almuerzo,—una endemoniada purga.

Jornal. Premio de un servicio,—con el cual algún bracero—no tiene para el puchero—y le sobra para el vicio.

Joya. Lo que compromete—dicha, riqueza y placer,—si por los ojos se mete.—En realidad, un juguete—que ambiciona la mujer.

Juanete. Un dolor que alegra—teniendo filosofía,—pues mucho más dolería—tener encima una suegra.

Jubilado. Ex-empleado—que disfruta haber pasivo,—y por júbilo ha tomado,—al verse cesante y vivo,—el nombre de jubilado.

Juguete. Es, sin duda alguna,—un objeto que divierte;—mas también desde la cuna—es el hombre, hasta la muerte,—juguete de la fortuna.

Juicio. Señal de razón;—después del juicio verbal—que acreditó á Salomón,—hay los de conciliación,—y luego el juicio final.

Julepe. Si en las tabernas—presencias escenas tiernas—y á tiempo notas un trepe,—dá movimiento á las piernas—por no hallarte en el julepe.

Junta. Lo es una reunión—donde la elocuencia brilla,—y sucede, en conclusion,—que se le dá la razón,—como siempre, al que más chilla.—En ella brotan razones,—y aunque empiezan por abrazos,—encomios y discusiones,—salvas raras excepciones,—terminan á farolazos.

Juramento. Es el recurso—de todos los embusteros,—que, no teniéndolo propio,—buscan y no encuentran crédito.—¡Cuántas pequeñeces tapa,—cuántos chismes, cuántos cuentos!...—En fin, hasta una zarzuela—le tomó por candelero.

Jurisprudencia. Ciencia de las ciencias,—que vive entre alegatos y sentencias,—y al hombre más torcido y contrahecho—le obliga á andar derecho.

Justicia. Un génio que asusta—la dividió, sin malicia,—en buena y mala justicia,—justicia justa é injusta.—Efectivamente hay dos,—como afirma Víctor Hugo:—la justicia del verdugo—y la justicia de Dios.

K.

K. La letra más bonita,—siempre que no se repita.

Kempis. Autor excelente,—que aunque nunca le hubo visto,—supo encantar á la gente—con su imitación de Cristo.

Kepis. Fué en años atrás—un sombrero, que, á poder—desarrollarse y crecer,—hubiera sido hoy chascás.

Kilómetro. Aunque le duela—saberlo á cualquier marido,—que ser complaciente anhela,—un kilómetro de tela—es lo que entra en un vestido.

Kirie. Súplica precisa—de todo el que dice misa.—(En la k, amigos lectores,—no puedo hacer más primores.)

Kusko. Se parece al alma—en que ofrece este problema:—el sér que en el mismo habita,—¿está dentro ó está fuera?

Koth. Célebre personaje,—residente hoy en mi tierra,—que saca muy buenos duros—diciendo que saca muelas.

(Se continuará.)
M. Ossorio Bernard.

ANA LA LIEBRE,

POR

TORCUATO TÁRRAGO.

SEGUNDA PARTE.

XI.

Llegar á tiempo.

Ana quedó meditando en las últimas palabras de Cárlos. Las tinieblas de aquel corazón se disipaban. Un relámpago lo había iluminado todo.

Allí existía un amor profundo, inmenso y silencioso. Aquel amor era como una luz nueva, que venía á mortificarla ó á desvanecerla: era como una de esas brillantes aureolas que ofuscan á los esplendores antiguos, envolviéndolos en una oscuridad suprema.

¿Qué experimentó Ana al escuchar aquel idioma, que estaba prohibido á su corazón? Ella misma no lo sabía. Quedaba siempre el eco de aquellas palabras resonando en su oído: había un agente misterioso que las trasladaba al alma: había cierto sentimiento que se identificaba con aquel otro sentimiento, que acababa de brillar, como un volcán, en el horizonte de su vida.

Esto era muy natural.

Ana volvió á su casa dominada por extrañas impresiones, que turbaban su fé y mortificaban su espíritu. Acaso no se comprendía; tal vez temblaba de sondear su corazón.

Encerróse en su alcoba para consagrarse á sus pensamientos; pero su criada de confianza le puso una carta en las manos.

Era la acostumbrada carta de Rafael.

Ana tembló: aquel papel le quemaba las manos. Al encontrarse frente á frente con aquella carta, le pareció que su conciencia se agitaba, que iba á salir de ella una voz acusadora, y que se encontraba delante de un juez mudo pero inexorable.

Había olvidado que aquel día era, por lo común, el en que recibía las cartas de Rafael, y cuando se encontró con ella, sintió que el rubor inflamaba su rostro y que la turbación agitaba sus manos.

Sin embargo, después de haberse dominado, y cuando se quedó sola, rompió el sobre, y con cierta extraña ansiedad leyó lo siguiente:

«Algeciras 15 de Setiembre de 1859.

«Amada de mi corazón: Mi última estaba escrita en Madrid; esta la dirijo de una ciudad de Andalucía. En ocho días apenas he tenido tiempo para desembarazarme de tanto negocio, y aquí me tienes, trasladado al batallón de cazadores de Alcántara, en calidad de sargento primero de la primera compañía.

«Esta marcha repentina tiene para mí un carácter desconocido. Dícese que vamos á Africa, y que se vá á organizar en esta ciudad una división de vanguardia. Lo cierto es que llegan tropas sin cesar, y se habla de una próxima guerra con los marroquíes. Parece que se pone á nuestro frente el general Echagüe, y como pudiera suceder que se interrumpiese mi correspondencia, á causa de tener que embarcarnos é internarnos en el corazón de esa tierra sombría y montañosa que se levanta altiva en frente de las costas de España, te lo prevengo para que ningún cuidado turbe la pura tranquilidad de tu corazón.

«Ya sabes cuán serena é invariable es la confianza de mi amor, para que, faltándote alguna carta, puedas dudar de mí. Como tengo fé en Dios, tengo fé en el porvenir, y acaso esta guerra sea el feliz término de nuestra separación. Si es que se lleva á cabo, habrá rebaja en el tiempo del servicio, y, ¿quién sabe?

«He notado que tu correspondencia no viene con la exactitud de un principio; pero no me llama esto la atención. Tus ocupaciones domésticas no te permitirán escribir á vuelta de correo, y esta reflexión tranquiliza al pobre soldado, que no te olvida ni en las más penosas exigencias del servicio.

«Adios; confía, como siempre, en tí, el que te adora con toda su alma.

»RAFAEL.»

La serena y tranquila redacción de esta carta, donde se reflejaba el amor del soldado y la suprema confianza que tenía en su amada, aterró á Ana.

Había en su corazón una espina que la lastimaba, un puñal invisible que la hacía sufrir horriblemente.

Como si luchase con una pesadilla horrible, se le presentó, por un lado, la figura simpática y si se quiere reservada de Cárlos Fuster, y por otro, la de aquel consecuente y leal soldado, que tan noblemente le tributaba el homenaje de su amor.

Era un martirio para su alma candorosa.

¿Cuál era su deber en aquella ocasión?

Ella no lo sabía; pero gran parte de la noche la pasó llorando.

(Se continuará.)

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN.—Viaje del príncipe Napoleón.—Leyes francesas.—Asunto Kerwegen.—Presupuestos franceses y empréstito.—Cuestión del Atabama.—Programa Disraeli.—Convenio italiano-pontificio.—Estados Unidos.—Méjico.—Hambre en Argel.—El Hamlet de Thomas.—Velocipedos.

Ya puede decirse que ha entrado la primavera, puesto que de la mayor parte de los puntos de Europa escriben que las aves, cuya presencia indica mejor que el almanaque la estación de las flores, han batido ya sus alas sobre nuestro continente.

Ya ha entrado la primavera, y sin embargo, no se vé en el horizonte más presagio de guerra que los puntos negros que durante el invierno todo vienen notando los pilotos y marineros de la política: es posible que al fin desaparezcan las nubes, sin otras consecuencias que alguna que otra lluvia de notas diplomáticas, lluvia que se puede soportar algo mejor que la de balas, que se nos anunciaba. ¡Ojalá que así sea!

El viaje del príncipe Napoleón á Berlin ha sido objeto de mil y mil comentarios; pero lo cierto es que hasta ahora no se sabe positivamente su significación verdadera, ni casi puede deducirse, puesto que mientras el príncipe asiste á banquetes y recibe obsequios de los políticos prusianos, señal de buena inteligencia entre unos y otros, las Bolsas alemanas se pronuncian por la baja, señal de un porvenir poco lisonjero.

Las Cámaras francesas, ó mejor dicho, el Cuerpo legislativo, ha terminado ya la discusión de la ley de imprenta, que tantos y tan interesantes debates ha ocasionado; votando también el contingente de 100,000 hombres propuesto por el ministro de la Guerra. Ahora debe comenzar á examinar el proyecto de ley de reuniones públicas.

El asunto Kerwegen, suscitado por la discusión de la ley de imprenta, y de que hablamos en una de nuestras pasadas revistas, ha dado mucho ruido, y más que ruido, escándalo, en toda Europa.

El periódico *Le Pays*, que prometió publicar, si para ello le autorizaban sus colegas, los documentos en que resultaba la venalidad que denunció en la Cámara el diputado ultramontano, ha dado á luz un engendro semejante al del parto de los montes. De los documentos que ha presentado al público nada se desprende en realidad, y más vale así por honor de toda la prensa, y especialmente de la francesa.

De todos modos, no nos parece la conducta de *Le Pays* digna de elogio, porque siempre hemos considerado como consurtable, además de ser punto ménos que incomprensible para nosotros, el que un periodista reniegue de sus compañeros y procure desautorizar institucion tan alta, tan sagrada: hay algo en esto del sentimiento que impulsó á Judas á su horrible accion.

Ya ha presentado el ministro de Hacienda al Cuerpo legislativo los presupuestos: el ordinario dá este resultado: 1,699 millones de francos de ingresos, y 1,627 de gastos; el extraordinario: 93 millones de ingresos, y 184 de gastos; los ministerios de Guerra y Marina consumen la mayor parte de esta última cantidad.

Tambien se ha presentado á aquel alto cuerpo el proyecto de empréstito, que ya mencionamos, y que asciende á 440 millones de francos.

La cuestion del *Alabama*, pendiente entre Inglaterra y los Estados-Unidos, tendrá, como suponiamos, un desenlace pacífico. El rey Guillermo de Prusia ha sido elegido como árbitro en este asunto, y su respetabilidad é inteligencia tienen que dar el resultado que ambas partes apetecen y desean.

M. Disraeli ha presentado ya su programa á las Cámaras inglesas; redúcese á estos dos puntos esenciales: paz con las demás naciones del mundo, aunque no á costa de la dignidad del pueblo inglés, y una política francamente liberal en el interior. Ambas cosas tienen que ser ciertas, porque ni el pueblo inglés es aficionado á aventuras guerreras, ni es posible gobernarle de otro modo que el indicado por el primer ministro británico.

Los gobiernos pontificio é italiano han firmado un convenio para contener y castigar los muchos bandidos que por las fronteras, y aún por el interior de ambos pueblos, siguen haciendo robos y cometiendo desmanes. Este convenio es sumamente útil, si bien no nos parece, como á otros, que pueda servir de base para tratados de distinta índole.

Ya ha presentado la Cámara popular de los Estados-Unidos al Senado la acusacion del presidente Johnson, y pronto conoceremos el veredicto de este último alto cuerpo en asunto de tal importancia. Lo que hasta ahora se sabe es que ha habido *meetings* en pró del presidente, lo cual demuestra que tiene una parte de la opinion pública á favor suyo.

El gobierno mejicano ha reconocido las deudas inglesa y española. La revolucion del Estado de Sinaloa ha quedado vencida completamente. Hablábase en la capital del próximo viaje del presidente Juárez á los Estados-Unidos. ¿Tendremos acaso una nueva cesion de territorio como las de California, etc.?

Hemos visto cartas de Argel, y horroriza lo que en ellas se consigna acerca del hambre que diezma y devasta la poblacion.

A tal extremo ha llegado esta terrible plaga, que los tribunales han entendido en algunos casos de antropofagia.

Hasta ahora no habíamos oido que tal cosa sucediera entre gentes civilizadas, sino en borrascas deshechas, tales como la que nos describe admirablemente lord Byron; y por eso hemos leído la noticia con dolorosa extrañeza.

¿A qué punto habrán venido los argelinos para convertirse en seres peores que los chacales y las hienas del desierto?

Variemos la decoracion.

La obra maestra del primero de los autores dramáticos de todos los siglos y todos los países, como en otra ocasion hemos dicho, el sublime *Hamlet*, ha sido puesto en música por el célebre A. Thomas.

Las melodías de este maestro son conocidas ya en Madrid, y muy apreciadas por aficionados é inteligentes.

Por eso creemos que ha de saberse aquí con gusto que el ensayo general de la mencionada ópera ha si-

do en París una solemnidad artística, á la que han asistido el emperador, los ministros y las personas más notables de la capital del vecino imperio.

La música de Thomas ha merecido grandes aplausos de tan escogido público: veremos si lo mismo acontece con el resto de los *dilettanti*.

Por lo pronto, ha introducido el maestro en la orquesta dos instrumentos nuevos y hasta ahora desconocidos.

¿Recordais haber visto esas cajas de cerillas en que se vé á un par de caballeros montados sobre sendas máquinas de vapor, y que tienen un letreiro abajo que dice: «¡No más caballos! cada cual poseerá su pequeña locomotora?»

Pues bien; esto ya es, en parte, un hecho: los *lions* de París y las señoritas más *comm'il faut* van al Bosque de Bolonia en esos aparatos llamados *velocipedos*, que conducen al que los monta ni más ni menos que los caballos y carruajes, y aún sin el miedo de que se desboquen.

En algunos puntos de España han comenzado ya á usarse los *velocipedos*.

¿Cuándo los veremos en Madrid por el Prado y la Castellana?

¡Animo, pollos elegantes!

Angel Avilés.

REVISTA DE MADRID.

La escasez de recursos de todo género que hoy se experimenta para llevar adelante «esta vida trabajada que traemos» que dijo Jorge Manrique, aguja el ingéñio de nuestros industriales y de los especuladores en general, hasta un punto que á veces toca en lo imposible.

Y si acaso en ello hubiera duda, despues de los mil ejemplos que pudiéramos citar, se nos ocurre que todas habian de desaparecer haciéndose cargo del anuncio de la nueva sociedad, constituida con el título de *La Funeraria*, y que por esta denominacion desde luego, y por los estatutos ó bases de su fundacion, ha de consagrar sus esfuerzos todos á llenar cerca de las familias la mision de encargarse de lo necesario para evitar á aquellas las dolorosas operaciones y pasos indispensables para suministrar lo preciso al entierro de alguna persona querida, y demás fúnebres ceremonias consiguientes y no ménos necesarias.

La sociedad en cuestion, ya establecida, y que no tardará en funcionar, dado el objeto de su instituto, ahorra el trabajo material de ocuparse, en esos momentos de afliccion creados por el fallecimiento de un sér que compartió en vida nuestras penas y nuestras alegrías, y en este concepto, su mision es consecuente, dado el fatal motivo que la origina; pero hemos de convenir que el asunto á que se dedica tiene poco de simpático, y ménos todavía de halagüeño pensar que los medros de la tal asociacion han de estar en razon directa del mayor número de desdichas que aflijan á los que se valgan de sus servicios de última hora.

Dado este paso ya, esperamos que llegue un dia en que otra sociedad, si esta evita aquellas desagradables ocupaciones en los dias de duelo, se encargue de *aminorar el sentimiento* que nos puede producir la muerte de lo que más amamos en el mundo.

Conveniente es la citada sociedad, no lo negamos; pero librenos Dios de conocer, ni ménos tener asuntos con sus gerentes, encargados y demás individuos que la compongan.

Para compensar algun tanto el mal efecto que la existencia de *La Funeraria* nos causa en el ánimo, bueno es que pensemos que ya nos hallamos en primavera, ese período de juventud del año, en que la naturaleza se sonríe convidándonos á vivir.

La inquilina de la última cornisa de la torre de

San Andrés ha vuelto á ocupar su sitio, y sabido es que la simpática cigüeña precede siempre á esos hermosos dias precusores de los en que la poblacion madrileña huye de sus respectivos lares en busca de placeres veraniegos.

Hasta que lleguen estos, alegrémonos, demos la bienvenida á la primavera, y no pensemos en lo que ha de venir despues.

Cuando decíamos que el ingéñio se aguza, no recordábamos otro rasgo que casi corre parejas ó forma trinca con el que dejamos citado. Nos referimos á la sub-asta pública en que se ha de vender el elefante Pizarro en Barcelona.

El lote es mayúsculo, y los que soliciten el susodicho *proboscideo* han de ser, sin duda, hombres de cierto empaque, y casi casi de *corral*. El individuo á quien se proponen *prohijar* exige condiciones al local en que se le destine de vivienda, que deberán haberse tenido en cuenta por los que pretendan hacerse dueños de aquel.

Sin duda que la carestía de los granos y demás productos necesarios para la alimentacion debe haber influido en la decision de los propietarios del famoso *Pizarro*.

Viniendo ya á ocuparnos de otra especie de asuntos, habremos de hacer constar que, segun dijimos á su tiempo, representáronse en los teatros de Novedades y en el de la calle de Jovellanos, el drama titulado *El Fantasma del pasado*, y la zarzuela de magia *La Varita de virtudes*.

La primera de dichas obras fué dada á luz con felicidad, despues de un laborioso período de incubacion. Esto no obstante, y quizás por algo que se parece á la predestinacion, en sus primeros pasos ha hallado entorpecimientos, merced á las infinitas peripecias por que atraviesa la compañía dramática que en sociedad trabaja en el coliseo de la plaza de la Cebada.

Los ingresos parece que no colman la medida de deseo de los asociados, y de aquí que hayan juzgado oportuno aplicar al teatro el refran tan conocido dentro del hogar doméstico, y el cual dice: *En donde no hay harina, todo es mohina*.

La Varita de virtudes por el contrario, llena de gente el teatro de la Zarzuela. Hemos ya dicho que reúne condiciones para agradar, y aunque *desnuda* de pretensiones, quizás por esta condicion, el acompañamiento femonil atrae las miradas y cautiva la atencion de los espectadores.

La compañía que comenzó á ensayar en Variedades, y que se proponia trabajar en este coliseo en pró de las asociaciones de beneficencia parroquial, ha desistido de su propósito en dicho local, por ciertas exigencias del arrendatario del mismo, y cumplirá su laudable intento en el teatro de Novedades. En este sitio, como en otro, merece aplauso la idea, que no dudamos se realizará.

Para terminar, daremos á nuestros lectores una nueva, que, por el placer que ha de causarles, esperamos que será causa á que nos perdonen los tormentos que la lectura de esta *Revista* les haya proporcionado.

El primer actor español, Julian Romea, pisará en breve de nuevo, y despues de la penosísima enfermedad que ha puesto en inminente riesgo su preciosa vida, la escena, presentándose en el teatro del Príncipe en la noche de su beneficio.

Madrid artístico, más diremos, Madrid entero, está de enhorabuena.

Eduardo de Inza.

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI HIJO.

Há un año, aún no formabas parte de la humanidad conjunto de bueno y malo, término de bien y mal.

Há un año, tus bellos ojos no ahuyentaban mi pesar, ni tu hechicera sonrisa era mi grato solaz.

Há un año, querido hijo, que vinistes á endulzar de tus cariñosos padres la vida breve y fugaz.

¡Dichoso tú si consigues ventura y felicidad, con el *deber* por emblema, con la *honradez* por señal!

¡Dichoso yo si en tu frente al cabo veo brillar del honor y la virtud la diadema celestial!

¡Dichoso mil y mil veces si ileso puedes llegar á una juventud gloriosa, á una vejez patriarcal!

El mundo abismos sin cuento á tu planta ofrecerá... abismos que el hombre bueno salva sin dificultad.

¡Y estas frases, hijas sólo del cariño paternal, quiera el cielo que en tu pecho las vea un día brotar!

P. F. Reymundo.

DE PUERTA EN PUERTA.

(Imitación del alemán.)

De puerta en puerta llamando, por el mundo caminaba,

pidiendo hospitalidad en nombre de la desgracia.

De la soberbia fortuna llamé al poderoso alcázar, y un negro maravedí me echaron por la ventana.

A las puertas del honor llamé, y contestó un fantasma: «Si no eres noble ni rico, aquí no hallarás entrada.»

A las puertas del trabajo llamé, derramando lágrimas, y respondieron sollozos que los míos apagaban.

La casa de la alegría busqué, pero de esta casa nadie me supo decir, aunque todos la buscaban.

Entonces, llegué á la puerta de una casita muy blanca que en retirado lugar, muda, triste y solitaria, se escondía, se escondía de un ciprés bajo las ramas.

Quedo, muy quedo llamé, temiendo que se negaran; y quedito, muy quedito contestaron: «Entra, pasa; que aunque mi hogar es humilde y muchos en él descansan, siempre hay espacio en la tumba para acoger la desgracia.»

A. Llanos y Alcaráz.

ROSSINA PENCO.

Rossina Penco, la gran artista que hoy llama la pública atención en el regio coliseo, nació en Nápoles, y estudió bajo la dirección del gran maestro Marotta.

Hace muchos años que esta gran cantante recorre la Europa, recogiendo en todas partes aplausos y siendo la admiración de todos los que la escuchan.

El día que se verifique en el régio coliseo el beneficio de esta notable artista, publicaremos una biografía completa suya, para lo cual estamos recogiendo materiales, y entonces diremos acerca de ella todo lo que hoy, por falta absoluta de espacio, tenemos que omitir.

LA CÁMARA DE LOS LORES.

El inmenso grabado que ocupa gran parte de nuestro SEMANARIO, representa el salón en que se verifican las sesiones de la Cámara de los lores.

Nuestros lectores formarán idea de la magnificencia del salón con sólo contemplar nuestro grabado.

El techo es de encina primorosamente tallado, y en las cornisas se vé repetido millones de veces el lema: *Dios y mi derecho*.

Recibe la luz por doce ventanas, y en las vidrieras se vén los retratos de una larga série de los reyes y reinas de Inglaterra, desde Guillermo el Conquistador.

Encima del trono hay tres grandes frescos debidos á Dyce y Cope.

LLAMAMIENTO DE LOS CONDENADOS.

Representa este grabado el inmenso calabozo de la Conserjería en tiempo de la revolucion francesa, en el acto de ser llamados los que, al salir de allí, debían marchar al cadalso.

El célebre pintor Muller ha representado admirablemente esta escena aterradora. El jóven que, sentado en una silla, figura en primer término, es el célebre poeta Andrés Chenier, que pereció en el cadalso víctima de los furores de la revolucion.

Este cuadro es uno de los más notables del museo del Luxemburgo.

Editor responsable, D. Agustín Llop.

MADRID: 1868.

Establec. tipógr. de Los Sucesos, á c. de R. Berenguillo, Torres, 4 duplicado.



Llamamiento de los condenados (cuadro de Muller).